



● ALICIA VALLINA

El *Museo Chillida* cumple 25 años

El Chillida Leku, el museo nacido de la mano del genial artista vasco Eduardo Chillida no surgió con la vocación de convertirse en una institución de referencia en la escultura contemporánea del siglo XX como lo es ahora. De hecho, tal y como cuenta uno de los nietos del artista, Mikel Chillida, en cargo actualmente del desarrollo organizativo del epicentro del arte de su aïtona, como cariñosamente se dirige siempre a su abuelo, la idea de crear un espacio concreto donde exhibir el trabajo del escultor surgió «tras el fallecimiento, en 1981, de Aimé Maeght, el galerista con el que el había trabajado durante toda su vida y con quien siempre mantuvo una relación muy estrecha de amistad. Después de esto, decidió no seguir colaborando con ningún ga-

El centro sigue siendo en Hernani, Guipúzcoa, un lugar de debate, de encuentro, un espacio donde confluyen personas y disciplinas distintas

lerista en exclusiva y trabajar en absoluta libertad».

De este modo, Eduardo y Pilar, su inseparable compañera de vida y la artífice de buena parte del éxito del artista, buscaron un lugar donde poder recopilar todas las obras presentes y futuras del escultor al que se debía sumar un taller para trabajar la piedra. Así surgió el Chillida Leku, el lugar donde la esencia de Eduardo sigue latente y más viva que nunca después de los 25 años que este año celebra la creación del museo. «La

forma en que surgió fue exactamente la misma que seguía mi aïtona en la realización de sus obras. Él era una persona que nunca sabía cómo iban a ser las cosas antes de hacerlas, siempre estaba orientado al presente, al momento, pero quiso darles a sus trabajos un hogar, como el de unos padres, un lugar al que pertenecer», nos confiesa Mikel con enorme admiración.

La piedra angular del proyecto fue el caserío Zabalaga, un lugar que simbolizaba el País Vasco, su

sitio. Se trataba de un edificio del siglo XV que realmente lo cautivó. Eduardo buscaba un espacio abierto, pero que a la vez tuviera buena accesibilidad logística, ya que sus esculturas eran muy pesadas. Un espacio bien conectado a las vías principales y al aire libre, para que el acero corte pudiera oxidarse correctamente, estabilizarse y generar esa pátina que oscurece y protege la obra.

Mikel cuenta cómo sus abuelos dedicaron 14 años a restaurar el caserío hasta que, poco a poco, crearon un lugar con sentido propio. Fue en él donde se reflejó el artista y en el proyecto que puso todo su empeño durante los últimos 20 años de su vida. «Es algo tan abierto y generoso como él lo era. Hasta el punto de que, hoy en día, cualquier persona que visita este lugar siente que, de alguna manera, es suyo; que es su Chillida Leku».

Fue Chillida quien diseñó el lo-



gotipo del museo y quien le otorgó su actual denominación. «Todo se desarrolló siguiendo la propia intuición de mi aitona, de modo muy natural, muy fluido, siguiendo un proceso muy íntimo y personal», continua Mikel. De hecho, para el artista, la naturaleza era su gran fuente de inspiración. Su forma de trabajar consistía en adaptarse al entorno, dialogar con él, encontrar el lugar exacto de cada cosa dentro de ese orden natural tan presente en toda su obra. «Si algo transmite su trabajo es esa sensación de equilibrio perfecto sin recurrir jamás a la simetría. Como los árboles de este jardín o como las personas: somos asimétricos, únicos, orgánicos. Su obra también es así, y eso es precisamente lo que él buscaba». Así que el proceso fue ir observando, prestando mucha atención, decidiendo qué obras se iban quedando, cuáles eran las que debían formar parte del lugar. Para ello contó con la colaboración de un historiador, crítico y comisario de arte muy cercano a la familia, Kosme de Barañano, que tuvo un papel importante durante los años 90, cuando el Chillida Leku empezó a proyectarse más claramente como un museo.

Mikel creció y pasó su infancia en el Chillida Leku rodeado de su familia y de sus abuelos. Recuerda que las cosas se hacían sin prisa y que «parecía que no pasaba nada, pero, en realidad, estaba pasando todo». No olvida la instalación de Lotura, una de las esculturas más grandes, realizada en 1998. Pesaba 64 toneladas y, durante la instalación, una de las patas de la grúa se salió de la zapata de madera y se hundió en la tierra. «Tuvieron que esperar casi un mes a que viniera otra grúa aún más grande para sacar la primera», recuerda con humor ya pasado el tiempo.

Sin embargo, para Mikel es el Chillida Leku la principal y más relevante de las obras que llevó a cabo su abuelo, aunque, si hablamos de piezas más concretas, se siente especialmente conectado con el Monumento a la Tolerancia. «Me parece un trabajo muy especial. Es una pieza que busca ser un lugar de encuentro para todos los diferentes, una obra que propone un espacio de conexión entre personas de diferentes creencias, desde el respeto mutuo. Es, en esencia, una obra que crea un lugar para la tolerancia, y me parece un mensaje absolutamente fantástico», concluye. No podemos evitar preguntarle qué diría el propio Chillida acerca de cuál sería su obra favorita a lo que Mikel responde sin dudar: «la verdad es que él siempre decía que su obra favorita era la que estaba trabajando en ese momento. Era una persona profundamente orientada al presente. Para él, mientras una obra estaba en proceso, era suya, era el objeto de su atención, de su búsqueda, de su interés. Una vez terminada, pasaba a ser de todos».

Quienes le conocieron definen a

Eduardo como un hombre muy familiar y cercano, abierto al diálogo, a compartir dudas e inquietudes. Pero sobre todo Mikel le describe como alguien que destacaba por una capacidad de asombro y una curiosidad que iban más allá de lo ordinario.

«Estaba siempre muy atento, como en estado de alerta, tratando de percibir lo que normalmente pasaba desapercibido en las cosas cotidianas, esas que la mayoría damos por hechas. Él no. Él las miraba con otra profundidad y dedicándoles tiempo. Además, era alguien absolutamente comprometido con lo que hacía y con cómo lo hacía. Tenía un rigor impresionante. No escatimaba ni en tiempo, ni en esfuerzo, ni en medios. Lo importante era hacerlo bien, hacerlo como se debía, y hacerlo con ganas. Al mismo tiempo, tenía una enorme apertura a equivocarse, a errar conscientemente, porque eso formaba parte del proceso creativo. Tenía un grado de compromiso altísimo, pero también una apertura total a la duda, a permitir que la incertidumbre formara parte de su trabajo porque, como él decía, si no dudas es que ya sabes cómo hacerlo y entonces ya no estás explorando. A él le gustaba trabajar justo al otro lado de ese límite, ahí es donde se sentía vivo».

Para abrir los actos de celebración del 25 aniversario de la apertura de este fantástico lugar de encuentro como es el Chillida Leku se está organizando una exposición, a modo de homenaje, dedicada a Pilar Belzunce, la

esposa del artista, coprotagonista de esta historia. «Pili merecería casi otro museo», cuenta entre risas Mikel. «Cuando el aitona ya no estaba, después de su fallecimiento, Pili vivió una etapa en la que la pintura se volvió esencial para ella. Y es increíble, porque trabajaba con el color de una manera muy intensa. Su obra contrasta con la de Eduardo, pero al mismo tiempo dialoga con ella. Hay una conexión muy hermosa entre ambas formas de expresión, así que vamos a recopilarlo todo: desde obras de Eduardo en las que la dibuja a ella, hasta recuerdos, anécdotas, historias compartidas a través de la memoria oral y también obras realizadas por ella».

Pili fue, sin duda, una figura fundamental en la creación del museo pues este era para ambos un proyecto de vida compartido, pero también tuvo un papel clave en el desarrollo del trabajo de Eduardo Chillida. Más allá de su formación o de cualquier capacitación formal, siempre estuvo ahí, presente en todo, haciendo lo que había que hacer para que Eduardo pudiera ir cada día a su estudio sin ninguna preocupación que no fuera la directamente relacionada con su trabajo. «Eduardo era el artista, el que imaginaba y ejecutaba, el que creaba. Pero Pili... Pili era todo lo demás y mucho más que una excelente compañera. Era una parte esencial del proyecto. Tenía una capacidad muy especial: creía en Eduardo y le impulsaba constantemente a hacer, a avanzar, lo ca-

Tres espacios del museo, situado en Hernani, provincia de Guipúzcoa. | CORTESÍA DEL CHILLIDA LEKU



pacitaba». Eduardo Chillida fue una figura clave en la historia del arte contemporáneo porque redefinió la escultura desde su raíz: no como un objeto en el espacio, sino como una creación de espacio. Para él, la escultura no se hacía solo con materia, sino también con vacío. Y ese vacío no era ausencia, sino presencia activa. «Decía que un escultor trabaja con dos protagonistas: la materia y el espacio. Y lo revolucionario en su obra es que trató al espacio como un material más, estructural, esencial. Chillida no ocupaba un lugar, lo revelaba. No hacía obras para el espacio: sus obras eran el espacio».

Además, Chillida establecía una clara tensión, una especie de frontera entre lo lleno y lo vacío, entre lo visible y lo invisible, entre lo que es y lo que apenas se intuye, y eso para él era el verdadero territorio de su escultura. «Por eso se le ha llamado el arquitecto del vacío. Porque lo que hizo fue crear lugares nuevos –físicos, emocionales, filosóficos– donde el espacio y el límite se vuelven materia. Esa visión cambió el lenguaje de la escultura y lo llevó a un territorio completamente nuevo».

Mikel también hace hincapié en que Eduardo jamás trabajó pensando en el reconocimiento personal pues para él lo auténticamente importante eran las preguntas e inquietudes que se articulaban en torno a su obra y que debían seguir vivas y seguir siendo recordadas y presentes en el día a día de las sociedades que construimos. «Si hoy en día siguen siendo pertinentes esos interrogantes y siguen siendo herramientas para pensar y mejorar nuestras sociedades, entonces él estaría plenamente satisfecho».

Los Chillida-Belnzunce son una familia muy numerosa en la que todos se sienten implicados en este proyecto y, a pesar de que cada uno ha construido su propia vida, como bien indica Mikel «hay una percepción compartida de la importancia de este legado y todos lo sentimos y lo respetamos. Sabemos que lo que hicieron nuestros aitonas es algo valioso, necesario, no solo para nosotros como familia, sino para todos. Por eso lo cuidamos y lo trabajamos, para que esté disponible para el mundo entero. Para que, quien tenga ganas de mirar, de hacerse preguntas, de seguir siendo curioso, encuentre aquí una herramienta para seguir construyendo una sociedad más rica, más crítica y consciente del mundo que nos rodea».

El Chillida Leku sigue siendo, como lo era hace 25 años, un lugar de debate, de encuentro, un espacio interdisciplinar donde confluyen personas y disciplinas distintas. Su altísimo grado de compromiso con las inquietudes que Eduardo Chillida mantuvo a lo largo de su vida lo convierten en un museo de artista, trabajado desde su mirada, criterio y perspectiva, por eso es un lugar único, la gran casa de todos.